

# Entre la «vieja» y la «nueva» historia económica. A propósito de la concesión del premio Nobel de Economía a D.C. North y R.W. Fogel.

Josep M. Delgado (\*)

Treinta y siete años después de su nacimiento como movimiento colectivo de renovación de la historia económica en los Estados Unidos, la «nueva historia económica» ha llegado a su madurez. Su posición en el mundo académico norteamericano es claramente dominante, y su prestigio dentro de las facultades de economía a buen seguro se verá reforzado por la concesión del Nobel a Robert W. Fogel y Douglass C. North. Sin embargo, resulta difícil identificar en los actuales representantes de la escuela el impulso de aquellos jóvenes y prometedores economistas que a fines de los años 50 fueron atraídos al campo de la historia económica por los que deben considerarse los dos grandes promotores de este movimiento: A. Gerschenkron y D. C. North.

Con pocas excepciones, los componentes de la primera generación de «cliómetras» participaron activamente en la reunión de Williamstown, celebrada en septiembre de 1957 y organizada conjuntamente por la *Economic History Association*, y el *National Bureau of Economic Research*. Alfred H. Conrad y John R. Meyer, William Parker, Robert Gallman, Richard Easterlin y Stanley Lebergott. La mayoría de los trabajos presentados a la citada reunión, destinados a marcar los derroteros a seguir por la «nueva historia económica» durante sus tres primeros lustros de existencia, se incluirían en un volumen editado por Paker bajo el patrocinio del NBER, dentro de la serie de *Studies in Income and Wealth*<sup>1</sup>, que se convirtió en la «biblia» de esta corriente historiográfica. Otros especialmente polémicos, como los de Conrad y Meyer sobre la economía de la esclavitud, se publicaron antes y fueron la primera manifestación historiografía del grupo<sup>2</sup>.

La rapidez con que se consumó el triunfo de la NHE en los Estados Unidos, y la escasa resistencia que encontró entre los defensores de una concepción más tradicional de la disciplina, en contraste con lo sucedido en Europa requiere algún tipo de explicación. Según Roger Meinert, el «crecimiento explosivo» de la cliometría fue debido al reencuentro de dos tendencias intelectuales que habían caminado por separado desde finales del siglo XIX: la escuela institucional inspirada en el historicismo alemán, cuyos representantes más destacados serían los ya mencionados Richard T. Ely y Wesley C. Mitchell, y una economía neoclásica que había mejorado su instrumental analítico de forma considerable a mediados del siglo XX<sup>3</sup>.

Los historicistas académicos que no participaron en la renovación de la historia cuantitativa, siguieron un proceso de evolución en sentido contrario, hasta hacerse prácticamente indistinguibles del resto de los historiadores, a no ser por su tema de especialización: el estudio de los hechos económicos. La «vieja» historia económica renunció a intentar analizar y explicar el cambio económico, tarea que en constituyó uno de los objetivos prioritarios de los economistas del crecimiento, para concentrar su esfuerzo en la descripción del contexto legal, geográfico y tecnológico en el cual se desarrollaba la actividad productiva del hombre. Las

---

(\*) Catedrático d'Història Econòmica. Universitat Autònoma de Barcelona

<sup>1</sup>.- Parker (1960). Reunía varios trabajos de historia macroeconómica: tendencias de la producción antes de 1840 - Parker y Whartenby;- producción de mercancías -Gallman-, renta regional -Easterlin- y empleo -Lebergott-.

<sup>2</sup>.- Uno de los trabajos - Conrad y Meyer (1957), era un manifiesto metodológico de la nueva escuela, mientras que en el otro (Conrad y Meyer (1958), formulaban sus teorías sobre la rentabilidad de la esclavitud en el Sur de los Estados Unidos.

<sup>3</sup>.- Flash (1965), Norton (1969), Barker (1985)

limitaciones de este planteamiento quedaron bien reflejadas en la producción historiográfica norteamericana de la primera mitad del siglo. Obras como la *A Documentary History of American Industrial Society*, editada por J. R. Commons y U.B. Phillips con un prefacio de J. T. Ely<sup>4</sup>, o la serie financiada por la *Carnegie Institution*, que bajo el título de *Contributions to American Economic History*, reunía diferentes trabajos monográficos, dedicados a la agricultura, manufacturas, comercio y transportes, habían renunciado a cualquier veleidad explicativa para limitarse a recopilar compendios documentales y de fuentes precedidos por breves ensayos introductorios que eran de poca o ninguna utilidad para los economistas<sup>5</sup>. Como resultado de este desfase entre lo que ofrecían los historiadores económicos y lo que se necesitaba para la formación de los graduados en economía, la enseñanza de historia económica fue perdiendo terreno en los estudios de economía. Entre 1910-1911, y 1925-26, las horas lectivas de la disciplina pasaron de representar el 7,1% de las horas lectivas totales impartidas en las facultades de económicas y empresariales de todas las universidades americanas, a tan sólo el 4,4%<sup>6</sup>.

Este proceso fué seguido tras la Segunda Guerra Mundial por un movimiento general de expansión de la teoría económica hacia el campo de las ciencias sociales que, en buena medida fué protagonizado por la llamada Escuela de Chicago, conocida también como escuela monetarista desde que en 1968 Karl Brunner acuñara el término. La Escuela de Chicago constituyó una reacción conservadora a las ideas keynesianas surgida en el contexto de la guerra fría y dirigida a ofrecer alternativas ideológicas más sólidas al avance del Marxismo en el campo de las ciencias sociales. Su construcción de una economía «científica» «deductiva» y aplicable a las demás ciencias sociales combinaba la metodología de la Economía Positiva de Milton Friedman, según la cual los cambios en la oferta monetaria podían explicar por sí solos los cambios en las variables macroeconómicas de la producción, empleo y precios, con una defensa a ultranza de la teoría neoclásica contra aquellos que, como los institucionalistas, keynesianos o radicales, pretendían desvirtuarla o incorporar variables no económicas en su campo de estudio. Otras características no menos significativas del Monetarismo son la confianza absoluta en el papel del mercado en la asignación eficiente de los recursos, el recelo hacia el intervencionismo del Estado, o el énfasis puesto en el análisis «técnico» de los datos empíricos hasta lograr adecuarlos a la teoría. Uno de los grandes retos, y posiblemente uno de los grandes logros, de la Escuela de Chicago, ha sido el extender la opinión de que la economía, como única ciencia exacta que existe en el campo de las ciencias sociales, puede aplicarse a un conjunto de temas sociales mucho más amplio del que se supone, en la medida en que el mercado actúa también en ellos: la burocracia, los contratos y el derecho, en general, el comportamiento social del individuo, y naturalmente la historia han sido campos de investigación de los profesores de economía de Chicago que, como George Stigler, Ronald Coase, Gary Becker, Robert W. Fogel o Richard Posner, han recibido, o recibirán en los próximos años el Nobel de economía.

Pero no fué en Chicago donde surgió la nueva corriente historiográfica sino en Harvard y Seattle. Con la única excepción notable de Robert W. Fogel, doctorado en John Hopkins y discípulo de Carter Goodrich y Simon Kuznets, y los doctores por Yale William Parker y Gavin Wright -maestro y discípulo- el resto de los componentes de la primera generación de nuevos historiadores económicos que se diera a conocer en las reuniones de Williamstown (1957) y Purdue (1960) se habían interesado en la investigación en historia económica a raíz de su participación en los seminarios para postgraduados de A. Gerschenkron en Harvard y de Douglass C. North, en la Universidad de Washington. El grupo de Harvard, compuesto por A.H. Conrad, J.R. Meyer, A. Fishlow, P. Temin, P.McClellan, D.N.McCloskey, B. Solow, S. Fenoaltea y L. Sandberg, y en el cual también se suele incluir a Fogel, constituye pese a las innegables diferencias que puedan encontrarse entre ellos el núcleo duro y dogmático de la cliometría. Los «Harvard wings», como los calificaba North se caracterizaron desde un principio por su «devoción»<sup>7</sup> hacia el análisis neoclásico en equilibrio parcial, pese a que sus presupuestos implícitos -competencia perfecta, ausencia de costes de transacción, y estabilidad en las instituciones económicas se contradecían con las constantes que el investigador observaba en el desarro-

<sup>4</sup>.- Commons y otros, (1910-1911).

<sup>5</sup>.- Bidwell y Falconer (1925), Gray (1933).

<sup>6</sup>.- Heaton, 1931, p. 332. Paradójicamente, Heaton consideraba estas cifras como prueba del progreso de la historia económica en los Estados Unidos porque sus horas lectivas anuales habían crecido de 8.000 a 23.000.

<sup>7</sup>.- Stutch (1982), p. 28.

llo de la economía en el largo plazo: falta de competencia o imperfecciones en el mercado, elevados costes de transacción, incertidumbre y carácter cambiante de las instituciones. Los objetivos perseguidos por esta corriente mayoritaria de la «nueva historia económica» fueron perfectamente resumidos por Fogel:

«Este tipo de análisis propugna la cuantificación en la reconstrucción de las estadísticas históricas destinadas a la elaboración de índices de la producción y renta nacional y la creación de estadísticas «plausibles» (basadas en la especulación fundada en suposiciones cuya racionalidad ha sido testada mediante una cuidadosa verificación) que describen fenómenos para los cuales existe poca información disponible. La Nueva Historia Económica también estimula la construcción y uso de modelos explícitos en el estudio de la historia. Los defensores más radicales de la Nueva Historia Económica se ocupan también en el estudio especulativo de la «historia hipotética»: cómo se produciría el cambio económico si alguna de sus variables hubiera tenido una diferente expresión histórica»<sup>8</sup>

Según Gabriel Tortella «no hay nada en la metodología de la 'nueva historia económica' que no pudiera encontrarse en historiadores económicos que cronológicamente habría que clasificar como tradicionales<sup>9</sup>;» pienso, como el profesor Tortella, que las diferencias entre «vieja» y «nueva» historia económica son generalmente cuestión de «énfasis», «matiz» y «actitud», aunque no siempre. Énfasis en el uso exclusivo de la teoría neoclásica como base para la generalización de hipótesis y en la aplicación de la estadística y la econometría para la formulación y verificación de los modelos teóricos. En el trabajo de los de los economistas-historiadores formados por Gerschenkron, las matemáticas constituyen el instrumento analítico preciso para desarrollar su trabajo. En primer lugar, las técnicas estadísticas permiten clasificar sistemáticamente la masa de informaciones referentes a un hecho histórico. El análisis de la importancia relativa de los diversos datos agrupados en conjuntos y puestos en relación entre sí, sirve para descubrir relaciones imprevistas entre las diferentes variables del fenómeno analizado. De un modo dinámico, la estadística es útil para establecer comparaciones diacrónicas entre series temporales a través del cálculo de correlaciones. La econometría hace posible expresar de forma matemática la relación funcional observada en el modelo, a través de diferentes formulaciones -lineal logarítmica o exponencial- y verificar su validez y correspondencia con los supuestos teóricos de partida.

Si estas técnicas son útiles y cada vez más accesibles a los historiadores económicos que no poseen una formación matemática avanzada, gracias a la revolución en el sector de los ordenadores personales<sup>10</sup>, el uso de contrafactuales para simulaciones especulativas de «historia hipotética», o «cuasi-historia», como prefirió llamarla Redlich<sup>11</sup>, constituye una diferencia difícilmente salvable, no sólo entre «nueva» y «vieja» historia económica, sino también entre diferentes formas de entender la nueva. Según Fishlow, la principal virtud del contrafactual es que constituye un instrumento insustituible para determinar las contribuciones de diferentes factores a un resultado dado. El recurrir al ¿que hubiera sucedido si...? requiere del uso de la teoría económica para aislar las posibles causas, y de este modo poder analizar por separado su repercusión en los procesos económicos analizados. Si cliómetras de la primera generación como Fogel o Fishlow, Conrad o Meyer defendían el uso de contrafactuales sin ningún tipo de restricciones, otros como McCloskey<sup>12</sup> han limitado considerablemente la utilidad del ejercicio. Un contrafactual puede o no ser «razonable» dependiendo de si su hipótesis es investigable. Según los ejemplos que él mismo propone, mientras sería inaceptable un contrafactual que planteara prescindir de la revolución industrial, otro que se limitase a indagar los efectos de un retraso de treinta años en la aparición de la navegación a vapor podría ofrecer interesantes respuestas sobre el papel de la innovación tecnológica en el crecimiento económico.

<sup>8</sup>.- Fogel-Engerman (1971), p. 3.

<sup>9</sup>.- Tortella, 1982, 787.

<sup>10</sup>.- En el *The Windows Shopper's Guide* (vol 5, n. 1, agosto de 1993), publicación especializada en software informático adaptable al entorno Windows de Microsoft, es decir, al sistema de uso más sencillo para cualquier usuario de ordenadores personales, aparecen 71 paquetes de análisis matemático, aprate de las bases de datos y paquetes de aplicaciones gráficas.

<sup>11</sup>.- Redlich (1965), p. 23.

<sup>12</sup>.- McCloskey, (1987), p. 17. McCloskey (1990), pp. 149-163), pone de manifiesto, en su análisis de la obra de Robert Fogel, la carga retórica que contiene el argumento contrafactual.

Uno de los rasgos «de actitud» que caracterizó a la cliometría americana durante sus primeras décadas de existencia fue la agresividad desplegada contra el trabajo de sus colegas «antiguos». La mayor parte de sus investigaciones se dirigió a replantear hipótesis ya formuladas, muy a menudo utilizando los materiales empíricos aportados por los mismos historiadores tradicionales que eran objeto de crítica. Esta actitud parte del convencimiento que poseen los practicantes de la «nueva historia económica» de la superioridad del método deductivo empleado por la teoría sobre las imperfecciones del método inductivo utilizado por los historiadores<sup>13</sup>. Sobre un mismo conjunto de hechos, el instrumental analítico de la «cliometría» permite construir sistemas con variables bien definidas y relaciones internas especificadas de forma matemática. Gran parte de las críticas aplicadas al método de los viejos historiadores económicos son únicamente aplicaciones derivadas de las críticas al método histórico realizadas por Popper y Lakatos.

Las investigaciones realizadas hasta fines de los años 60 por los miembros del «Harvard wing» se caracterizaron por replantear las viejas hipótesis de la historia económica americana utilizando para ello el nuevo utillaje de la cuantificación y la teoría<sup>14</sup>; el impacto sobre el desarrollo económico del ferrocarril y de los canales<sup>15</sup>, la rentabilidad de la esclavitud<sup>16</sup>, el efecto de los cambios en la oferta y en la demanda sobre el crecimiento de la siderurgia<sup>17</sup>, o los problemas de formación de capital y cuantificación del producto nacional<sup>18</sup>.

Los componentes de la Escuela de la Universidad de Washington, (Seattle), comparten sólo parcialmente los principios antes enunciados de la NHE. Su fundador y mas conocido representante, el reciente premio Nobel Douglass C. North constituye la personalidad mas relevante, y a la vez atípica, de la «nueva» historia económica. Ecléctico de formación -él mismo reconocerá ser deudor intelectual de Smith, Marx, Polanyi, Arrow, Baumol y Buchanan- supo traducir esta diversidad de principios teóricos en una postura menos dogmática que la de los cliómetras formados a la imagen de Fogel. En los seminarios para postgraduados en economía impartidos en la Universidad de Washington, por donde pasaron, entre otros, Richard Sutch, J.R.T Hughes, Roger Ramson, Lance E. Davis, Herber Kisch, Jim Sheppherd, Gay Walton, Gaston Rimlinger, T.L. Anderson, North inculcó a sus alumnos que la historia económica no debía ser considerada como un mero campo de experimentación destinado a poner a prueba el instrumental analítico cada vez mas refinado del economista, sino como una disciplina con entidad y objetivos propios. Los requisitos que, en su opinión, debía reunir una buena investigación en historia económica podrían ser perfectamente asumibles por quienes mantienen posturas recelosas hacia la NHE. En primer lugar, plantear problemas relevantes para la historia. North ha sido muy crítico hacia quienes cifran sus investigaciones en la manipulación de los datos históricos para fabricar ecuaciones de regresión que no aportan respuesta alguna a problemas históricos; no le interesan las fantasías teóricas divorciadas del mundo real, sino «los problemas económicos que la gente hubo de afrontar en el pasado y cómo los resolvieron, porque eran importantes para la gente real». Es por ello que la evidencia cualitativa no cuantificable, generalmente menospreciada por los practicantes de la «cliometría» es «inmensamente valiosa»<sup>19</sup>. Sentadas estas bases, la investigación tendrá éxito si sirve para entender el pasado». Finalmente, la investigación en historia económica debe ser imaginativa y realizar un esfuerzo especial de exploración empírica y experimentación, porque,

«algunos especialistas son originales y otros no... Todos pueden ejercer la crítica; pocos pueden producir nuevas ideas; sin ellas, la especialidad morirá»<sup>20</sup>»

Las primeras investigaciones desarrolladas por el grupo de Seattle no se dirigieron a buscar aplicaciones inéditas a la teoría para replantear con ellas los tópicos de la historiografía tradicional, sino a algo mucho mas práctico, como reconocería Donald N. McCloskey<sup>21</sup>: la elaboración de nuevas series de estadísticas

<sup>13</sup>.- Las reproches de los «nuevos» historiadores económicos a los antiguos, en García Lombardero (1973), pp. 10-16.

<sup>14</sup>.- Fogel, (1965)

<sup>15</sup>.-Fogel (1964), Fishlow (1965), Goodrich y otros (1960), Ransom (1964)

<sup>16</sup>.- Conrad-Meyer (1958); Evans (1962); Stuch (1965); Paker (1970).

<sup>17</sup>.- Temin (1964).

<sup>18</sup>.- David (1967), Gallman (1966) y (1969). Williamson (1967).

<sup>19</sup>.- North (1991), p. 39.

<sup>20</sup>.- Ransom, Stuch, Walton, (1982), p. XIII. La cita en Hughes (1982), p. 10.

<sup>21</sup>.- «Ningun proyecto es mas focal en la historia economica de un país que la compilación de sus estadísticas» ( McCloskey, (1987), p. 43)

históricas. A fines de los cincuenta, los discípulos de North comenzaron a aplicar las aún poco desarrolladas técnicas de la computación para «hacer posible una explotación intensiva de las vetas de material histórico que habían sido poco trabajadas en el pasado»<sup>22</sup>. Desde 1957, la principal ocupación de Hugues, Davis y Reiter fué el de aportar nuevas series de material estadístico que apoyaran la «reinterpretación del pasado económico americano» intentada por North. Su trabajo no se limitaba únicamente a recoger y presentar estos nuevos materiales cuantitativos sino también a interpretarlos. Tomemos como ejemplo las primeras investigaciones de Lance E. Davis sobre la financiación de la industria textil americana, que comparten con Conrad y Meyer el mérito de haber sido los primeros productos de la «nueva historia económica» aparecidos en revistas especializadas<sup>23</sup>. Davis trabajaba sobre la contabilidad de 14 empresas textiles cuya actividad cubría el período 1829-1859 y de la que había sistematizado 3782 cuentas correspondientes a 854 clientes. A partir de estas contabilidad desagregada, se contruía ocho variables financieras básicas construidas, cada una de ellas con 175 observaciones empríricas, que eran objeto de un análisis de regresión múltiple. El resultado indicaba que los historiadores económicos habían tendido a sobrevalorar el papel de la autofinanciación en el crecimiento de las empresas industriales americanas durante el siglo XIX, y a minusvalorar la importancia del endeudamiento. Además, este trabajo demostraba que existía una correlación entre la solicitudes de créditos y los ritmos de crecimiento del mercado de capitales y que la estructura financiera de las empresas era responsable de los cambios a corto plazo en el mercado de capitales, la producción y el empleo<sup>24</sup>.

Una diferencia notable entre los historiadores de Seattle y los restantes practicantes de la «nueva historia económica» ha sido el saber reconocer las limitaciones del instrumental analítico de la teoría neoclásica en sus aplicaciones a la historia económica. North no ha dudado en afirmar que el principal lastre de la nueva historia económica en su pretensión de analizar las claves del crecimiento y cambio estructural de una economía en el largo plazo hay que buscarlo en las deficiencias de la teoría neoclásica:

«Las limitaciones son de la teoría. La teoría económica neoclásica tiende dos deficiencias principales para la historia económica. Una, que no fué pensada para explicar el cambio económico a largo plazo; y dos que incluso en el contexto de una pregunta a la que está capacitada para responder proporciona respuestas limitadas a un mundo de mercados perfectos - esto es, perfectos en el sentido de costes de transacción cero: los costes de definir y garantizar los derechos de propiedad... La naturaleza de estos costes es la auténtica raíz ded todos los problemas del sistema económico<sup>25</sup>»

Estas ideas, expuestas en el discurso presidencial leído en 1973 en la reunión de la Asociación de Historia Económica norteamericana, expresaban el inicio de un distanciamiento progresivo entre las dos corrientes de la nueva historia económica, la dogmática y conformista de Fogel y los «Harvard wings» y la más crítica de North, que finalizó en ruptura tras el debate que siguió a la publicación de *Time on the Cross*. Field sitúa en este momento «el principio del fin de la Cliometría como movimiento intelectual que prometía una revolución en los métodos y en los resultados<sup>26</sup>». North, que había tenido hasta este momento un gran protagonismo en el desarrollo inicial de la «nueva historia económica», en especial durante su etapa como editor con W.N. Parker del *Journal of Economic History*, se distanció progresivamente de los planteamientos del grupo para indagar en la schumpeteriana «respuesta creativa» de la historia económica<sup>27</sup>.

Las aportaciones de North a la historia económica, y su capacidad de renovación con el paso de los años, ha sido muy superior a la de otros impulsores de la «nueva historia económica». Durante los años cincuenta, y enfrentado con la necesidad de tener que recomendar a sus alumnos unos textos de historia económica de los Estados Unidos poco apropiados para estudiantes de economía, desarrolló una reinterpretación original del pasado económico norteamericano que luego plasmaría en dos manuales destinados a convertirse en libros de texto en la mayoría de las universidades: *The Economic Growth of the United States, 1790 to*

<sup>22</sup>.- Davis, Hugues, Reiter, (1969), p. 7.

<sup>23</sup>.- Davis (1957) y (1958).

<sup>24</sup>.- Davis (1957).

<sup>25</sup>.- North, (1974), p. 2.; En el mismo sentido, North (1971), p. 118.

<sup>26</sup>.- Field, 1987, p.5

<sup>27</sup>.- El texto de Schumpeter, «The Creative Response in Economic History», era una de las pocas lecturas metodológicas obligatorias que North imponía a sus alumnos (Hughes,(1982), p 6.)

1860<sup>28</sup>, publicado en 1961, y su continuación, *Growth and Welfare in the American Past: A New Economic History (1966)*<sup>29</sup>. Según el modelo tripartito de North, la economía norteamericana a comienzos del siglo XIX se caracterizaba por la existencia de tres economías inicialmente aisladas por la distancia, la baja densidad de población y las malas comunicaciones: el Norte, que comprendía Nueva Inglaterra y la franja costera de los estados del Atlántico medio, hasta Pennsylvania y el norte de Delaware, el Sur esclavista, y el Oeste, más allá de los Apalaches. El proceso de integración hacia una economía nacional comenzaría en la segunda década del siglo XIX, gracias a la mejora de los sistemas de transporte registrados antes de la construcción del ferrocarril, en especial la reducción de los fletes en la marina oceánica –éste había sido su primer tema de investigación–, y la aplicación de la máquina de vapor a la navegación fluvial. Este proceso de integración permitió que cada región se especializara en función de su ventaja comparativa. El Sur, gracias al incremento de la mano de obra esclava, aumentó su exportación de productos agrarios, como azúcar, arroz, tabaco y algodón. El Norte se transformó en el centro comercial y financiero del país, y gracias al arribo de un creciente flujo migratorio procedente de Europa, y al exceso de mano de obra generado por su sector agrario, desarrolló una industria manufacturera que adoptó el «factory system», para la producción de bienes de consumo masivo como textiles de algodón bastos, zapatos y botas y hierro manufacturado. El Oeste se especializó en la producción agrícola, particularmente en la de aquellos productos cuyo valor añadido minimizaba los costes de transporte: pieles de animales, tasajo, bebidas alcohólicas o harinas de maíz y trigo. El desarrollo de estas especializaciones se vio favorecido por su carácter complementario. La industria textil del Norte necesitaba de algodón del Sur para producir los tejidos baratos que vestían los esclavos; la industria del calzado de Nueva Inglaterra requería de las pieles del Oeste para calzar a esclavos y pioneros, a la vez que los excedentes agrarios del Oeste cubrían los déficits alimentarios del Sur y el Norte. Cada región dependía de las otras dos, y las tres necesitaban del soporte de un mercado nacional. El razonamiento central de North era muy familiar a la teoría económica clásica. Cada una de las tres regiones buscaba su ventaja comparativa al especializarse en aquello que podía producir de un modo más eficiente y venderlo a las otras regiones. La fuente del crecimiento económico norteamericano radicó en las mejoras progresivas en la eficiencia con que los bienes fueron producidos. A su vez, el incremento en la eficiencia fue posible gracias a la expansión del mercado y a una creciente división del trabajo. El mayor logro de North no fue tanto aplicar el principio estático de la ventaja comparativa, como el de relacionarlo a un mecanismo dinámico que relacionaría el inicio del crecimiento económico norteamericano con la expansión del mercado exterior en Europa y las Indias Occidentales, especialmente durante el período de las guerras napoleónicas (1793-1814). Según Fritz Redlich<sup>30</sup>, el método empleado por North es opuesto a la ficción del «contrafactual», por que parte de una hipótesis plausible y trata de probarla a partir de el material cuantitativo disponible.

Pero el proyecto más ambicioso de North ha sido su intento de elaborar una teoría general del cambio institucional, de los derechos de propiedad y del papel del Estado en el desarrollo histórico que pudiera suplir las limitaciones de la teoría neoclásica a la hora de explicar los procesos de cambio económico a largo plazo. El progreso en esta dirección fue lento, y coincidió con su progresivo distanciamiento del sector duro de la nueva historia económica, los llamados «number-crunchers». Ya en 1968 North había demostrado que la mayor parte del incremento de la productividad en la marina oceánica norteamericana hasta 1850 no sería debido al cambio tecnológico, como sostenían los «cliómetras», sino a las mejoras en la organización económica de las empresas de transporte marítimo, es decir, a un cambio institucional<sup>31</sup>. Dos años más tarde firmaría con Lance E. Davis la primera elaboración teórica sobre el tema, donde reconocía su deuda intelectual con algunos de los teóricos más destacados del *Social Choice*, como K.J. Arrow, W. Baumol, J.M. Buchanan, A. Downs o G. Tullock en la elaboración de una «teoría de la innovación institucional»<sup>32</sup>. North y Davis sostenían que el cambio en las instituciones tiene lugar cuando un individuo o grupo percibe que una modificación en las reglas institucionales existentes genera beneficios mayores a los costes que se derivan de la innovación. El grupo que actúa en favor del cambio se gana el apoyo de aquéllos que podrían oponerse con la oferta de una participación en los beneficios que se derivarán de la innovación institucional. Si el

<sup>28</sup>.- North (1961).<sup>29</sup>.- North (1969).

<sup>30</sup>.- Redlich (1965), pp. 480-495.

<sup>31</sup>.- North (1968). Esta tesis sería desarrollada por sus discípulos Shepperd y Walton (1972).

<sup>32</sup>.- Davis y North (1971), pp. 3-82. Además utilizo para resumir su teoría del cambio institucional, North (1970); (1977), (1984) y (1990).

grupo tiene éxito y sus expectativas sobre costes y beneficios son acertadas, la modificación de las instituciones incrementará la productividad de la economía y contribuirá, en el largo plazo *al crecimiento económico*. North pretendió aplicar su teoría institucional a la historia económica en diversas colaboraciones con Robert Paul Thomas, la más conocida de las cuales sería *The Rise of Western World. A New Economic History* (1973)<sup>33</sup>, donde se pretende reinterpretar el desarrollo económico del «mundo occidental»<sup>34</sup> a partir de un sencillo esquema

«La clave del crecimiento reside en una organización económica eficaz; la razón del desarrollo de Occidente radica, por tanto, en la construcción de una organización económica eficaz en Europa occidental.

Una organización eficaz implica el establecimiento de un marco institucional y de una estructura de la propiedad capaces de canalizar los esfuerzos económicos individuales hacia actividades que supongan una aproximación de la tasa privada de beneficios respecto a la tasa social de beneficios»<sup>35</sup>.

La «innovación institucional» se produce a través de una adaptación de los derechos de propiedad a la cambiante realidad. North se inspira en Alchian y Demsetz<sup>36</sup> a la hora de definir los «property rights» como las leyes básicas del juego que determinan la realización de todo proceso económico primitivo a avanzado. Qué se produce, cuánto se produce y cómo se distribuye el producto son parte de los aspectos que aparecen regulados por los derechos de propiedad cuyas leyes determinan en el «meta-mercado» quién tiene los derechos de uso, enajenación y usufructo de un recurso. La importancia de los «derechos de propiedad» en el desarrollo histórico radica en el hecho de que son los catalizadores del proceso económico al proporcionar el conjunto de incentivos que estimulan, o desestimulan la capacidad económica. El ahorro y la inversión, la invención y la innovación están influenciados de un modo decisivo por la forma en que se configuran los derechos de propiedad. Otro de los conceptos útiles de la nueva economía institucional que North ha introducido en el en la historia económica es el de los «costes de transacción», es decir, aquéllos que se derivan de la relación de los seres humanos en un marco dado de derechos de propiedad<sup>37</sup>: costes de las operaciones de compraventa, celebración de contratos y pactos, de obtención de beneficios a través del comercio - medición y fijación de los atributos de los bienes y servicios objeto de intercambio-y costes políticos de mantener un conjunto de reglas que garanticen el respeto y el libre uso de los derechos de propiedad.

*Los «nuevos» se hacen «viejos». El reencuentro entre la teoría deductiva y el empirismo histórico.*

A. Field sitúa en 1974 un cambio cualitativo en el desarrollo de la «nueva historia económica» a partir del debate que siguió a la publicación de la primera parte de *Time on de Cross*, de Fogel y Engerman. Este trabajo, primera entrega de una larga serie de publicaciones dedicadas a la economía de la esclavitud, constituye una revisión de los tópicos preexistentes sobre el funcionamiento del sistema esclavista en el sur de los Estados Unidos, en especial el de su supuesta inviabilidad en los años previos a la guerra civil. De su argumentación se derivaba una conclusión que provocaría un intenso debate: las relaciones de producción capitalistas a que fué sometida la población negra de los Estados Unidos después de la victoria del Norte trajeron consigo un empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. Mas que reproducir el debate que siguió a *Time on de Cross*, recogido en *Reckoning with Slavery: A Critical Study in the Quantitative History of American Negro Slavery*<sup>38</sup>, quisiera destacar que provocó una escisión en la «nueva historia económica». Mientras un sector de sus practicantes, entre los que se cuenta Fogel, ha tendido a ahondar las

<sup>33</sup>.- Utilizo la traducción al castellano, Madrid, Siglo XXI, 1978.

<sup>34</sup>.- La definición del objeto concreto de estudio no deja de tener su carga ideológica, detalle que no advierte el autor de la breve reseña del libro que figura en la tapa posterior de la edición española, cuando le atribuye el objetivo de ofrecer «un modelo de explicación del nacimiento y auge del capitalismo», término que no aparece ni una sola vez en el libro de Thomas-North.

<sup>35</sup>.- Thomas-North (1978), p. 5.

<sup>36</sup>.- Demsetz (1967); Alchian y Demsetz (1972).

<sup>37</sup>.- North (1985), p. 558; (1991), p. 24.

<sup>38</sup>.- Fogel y Engerman, 1976.

diferencias de método respecto a la historia tradicional, otro, que parece hoy dominante, se ha esforzado por reconstruir los puentes de comunicación entre historiadores económicos «nuevos» y «viejos» al reconocer de modo cada vez mas manifiesto la importancia de los útiles que aporta el historiador tradicional a la investigación en historia económica. Pienso que ambas estrategias son complementarias y se explican, como ya ha puesto de relieve Field, en razones de mercado<sup>39</sup>.

Durante los años 50 y 60, el avance de la «nueva historia económica» en las universidades americanas formó parte de un proceso mas general de renovación de los estudios sobre economía. Una nueva generación de historiadores económicos, matemáticos aplicados y estadísticos teóricos irrumpió en los departamentos de Economía de las mas prestigiosas universidades de los Estados Unidos, desplazando a la «vieja guardia». Dentro de esta ofensiva general, los representantes de la «nueva historia económica» lograron copar rápidamente los puestos mas competidos a controlar los principales medios de difusión de ideas de la disciplina - el Journal of Economic History, y las Explorations in Economic History-, y a captar a una parte del alumnado mas brillante de las facultades de economía, el avance se detuvo a comienzos de los setenta, cuando el frente de batalla se trasladó de las áreas de conocimiento, a los departamentos de economía. Aquí, y pese a los esfuerzos desplegados por los economistas-historiadores, la historia económica no dejaría de ser contemplada con un cierto desdén, como uno de los varios ejemplos del imperialismo intelectual desplegado por la economía en otros campos afines de las ciencias sociales a partir de los años sesenta<sup>40</sup>. Existe una economía histórica del mismo modo que existe una economía del derecho, de la antropología, de la política, de la familia, del crimen, o del ocio. La economía histórica fué, simplemente, la primera de estas agresivas extensiones de la economía hacia nuevos campos. Por otro lado, para el economista, la economía histórica es una disciplina «light». Dispone de menos información y de menor calidad que la proporcionada por la economía actual, y sus practicantes son por lo regular menos duchos en en matemáticas y estadística que los economistas convencionales. Como los físicos, los economistas se distribuyen entre ramas teóricas y aplicadas. Los economistas históricos se incluyen en la rama de menos relumbrón de la economía aplicada<sup>41</sup>.

Después de desplazar a historiadores y economistas descriptivos de la docencia en historia económica, los «cliómetras» se encontraron inmersos en un medio hostil donde para sobrevivir debían competir con matemáticos y estadísticos mejor dotados técnicamente para responder a los nuevos requerimientos de la teoría económica. A su situación de inferioridad como historiadores en el uso de todos los instrumentos «tradicionales» del trabajo histórico: conocimiento y crítica de las fuentes, construcción de un discurso narrativo, etc., se añadía ahora su inferioridad como economistas

respecto al resto de los doctores en economía, específicamente formados para desarrollar su trabajo en este campo. Así se produce la paradoja de que el énfasis puesto por los «nuevos historiadores económicos» en el dominio del instrumental analítico que ha justificado el desplazamiento de los historiadores tradicionales de la historia económica, se ha vuelto en su contra. Dado que la función de la «cliometría», en los términos en que se expresan, por ejemplo, Fogel o Temin no es tanto mejorar el conocimiento de la historia y aportar nuevos instrumentos analíticos que sean comprensibles a los historiadores tradicionales, sino jugar un papel activo en el desarrollo de la teoría económica, y utilizar el pasado como laboratorio del presente, la necesidad misma de la disciplina queda en entredicho, al quedar sin objeto específico, y los nuevos historiadores económicos en peligro de verse desplazados de los departamentos de economía, por economistas teóricos o matemáticos, e incluso aplicados, mejor capacitados técnicamente para realizar brillantes ejercicios de simulación con estadísticas históricas.

La toma de conciencia de esta delicada situación ha provocado diferentes reacciones adaptativas por parte de los practicantes de la «nueva historia económica». Mientras el sector mas «duro» ha porfiado en la dirección inicial realizando un gran esfuerzo por incorporar con rapidez los últimos avances de la teoría al terreno de las aplicaciones históricas, otro, sin renegar de su metodología ha pretendido reforzar la identidad de los historiadores económicos a través de la recuperación de las viejas artes del oficio de historiador. En la primera dirección se encaminarían los trabajos dirigidos a introducir los modelos de equilibrio general en la historia económica<sup>42</sup>, la teoría de juegos<sup>43</sup>, o simplemente técnicas econométricas muy sofisticadas<sup>44</sup>, o aqué-

<sup>39</sup>.- Field (1987), p. 5.

<sup>40</sup>.- Radnitzky y Bernholz (1987), pp. I-VII; De Alessi (1987), pp. 51-78.;

<sup>41</sup>.- McCloskey (1987).

<sup>42</sup>.- Temin (1970). La primera aplicación fallida en Williamson (1985).



llos otros que tratan de combinar todo el instrumental analítico disponible para el estudio de un problema histórico concreto<sup>45</sup>. El objetivo de esta estrategia sería el conseguir una plena identificación con los parámetros de excelencia consagrados por la teoría económica cuyos signos externos son la publicación en la *American Economic Review*<sup>46</sup>, o el ingreso en el «Parnaso» de los *Econometrics Fellows*<sup>47</sup>.

Como ha señalado Josep Fontana<sup>48</sup>, no deja de existir una cierta contradicción entre esta voluntad de asimilación total con la teoría que pretende este sector de la «nueva» historia económica, y el modo en que economistas como Arrow o Solow<sup>49</sup> vislumbran la posibilidad de una colaboración fructífera entre historia y teoría.

Otro grupo de practicantes de la «nueva historia económica», ha protagonizado durante los años ochenta una aproximación hacia la historiografía más convencional. Quizá el caso más significativo dentro de esta tendencia sea el de D.N. McCloskey, cuyas críticas al dogmatismo y a la retórica implícita del razonamiento neoclásico, en especial de la Escuela de Chicago, han tendido gran repercusión en el mundo académico<sup>50</sup>. McCloskey ha llegado a aceptar que la teoría no es un elemento imprescindible para hacer buena historia económica, aunque «los historiadores corrientes deberán a menudo recurrir a su ayuda»<sup>51</sup>, pero esto no debe preocupales porque,

«la teoría económica histórica puede ser verdaderamente simple, y no muy alejada del sentido común. El sentido común siempre debe ocupar un lugar de privilegio en el argumento económico, como en cualquier otro argumento. El sentido común económico es una forma de pensar y argumentar, no un conjunto de conclusiones preestablecidas sobre el mundo»<sup>52</sup>.

<sup>43</sup>.- Eichengreen (1984) y (1987) la aplica para entender las razones del éxito y fracaso del patrón oro antes y después de la Primera Guerra Mundial.

<sup>44</sup>.- Por mencionar algunas, el análisis de causalidad de Granger es aplicado por Edelstein (1982) al estudio de la inversión exterior inglesa en las décadas anteriores a la primera guerra mundial, o la técnica de análisis estructural de series temporales a través de la aplicación del modelo de Kalman, aplicada a la economía victoriana por Crafts y otros (1989)

<sup>45</sup>.- El ejemplo más representativo es el de los «technical papers» reunidos en Fogel y Engerman (eds.) (1992a) y (1992b).

<sup>46</sup>.- Pese a todo, la presencia en los últimos años de economistas historiadores en las páginas de la *American Economic Review* ha sido más bien escasa; si tomamos como período de referencia los años 1990-1993 se reduce a ocho artículos en 14 números, cuatro de los cuales forman parte de los *Papers and Proceedings*, de la 102 reunión anual de la *American Economic Association* (1989): la «Richard T. Ely Lecture» de David S. Landes, dedicada a un tema de tan poco interés para la cliometría como el que se esconde tras la pregunta «Why Are We So Rich and They So Poor?», *A.E.R.*, vol. 80 (mayo 1989), pp. 1-13, y tres trabajos sobre historia de la tecnología, incluidos en una mesa sobre ese tema, David C. Mowery, «The Development of Industrial Research in U.S. Manufacturing», en el mismo número, pp. 345-349; Joel Mokyr, «Research in U.S. Manufacturing», p. 345-349 y Paul A. David, «The Dynamo and the Computer: An Historical Perspective of the Modern Productivity Paradox», pp. 355-361, todos ellos sin las señas de identidad de la NHE. De los restantes artículos, uno se inscribe en un campo de gran auge en la historiografía general como es el de la historia de la mujer -Claudia D. Goldin, «The Role of World War II in the Rise of Women's Employment», *A.E.R.*, 81:4 (1991), pp. 741-756, otro es un desarrollo de la teoría de los derechos de la propiedad, R.S. Grossman, «Deposit Insurance, regulation and Moral Hazard in the Rift Industry», *A.E.R.*, 82:4 (1992), p. 800-821, y sólo los de Gavin Wright, «The Origins of American Industrial Success, 1879-1949», *A.E.R.*, 80:4 (1990), pp. 651-658., y el de S.G. Cecchetti, una nueva interpretación monetarista de la crisis de 1929, «Prices during the Great Depression: was the Deflation of 1930-1932 Really Unanticipated?», *A.E.R.* 82:1 (1992), pp. 141-178, entraría dentro del campo más trillado por la «cliometría».

<sup>47</sup>.- La entrada de «cliómetras» en la *Econometric Society* se inicia en 1970 con Robert W. Fogel y Martin Feldstein, a los que seguirían, Paul A. David (1975), Oliver E. Williamson (1976), Richard Easterlin (1982), y David K. Levine (1988), (*Econometrica*, 61, pp. 705-722). Sobre la distinción de la *Econometric*, Debreu (1991), pp. 1-6.

<sup>48</sup>.- Fontana (1992), p. 32, a propósito del libro editado por Parker (1986).

<sup>49</sup>.- Arrow (1986), Solow (1986).

<sup>50</sup>.- McCloskey 1985 y 1987a., y 1990; Klammer, McCloskey y Solow (1988).

<sup>51</sup>.- McCloskey (1987b), p. 19. Como historiadores que trabajan sin el soporte de la teoría económica, cita a Braudel y Wallerstein.

<sup>52</sup>.- McCloskey (1987b), p. 21

Este trasfondo de sentido común que tiene la racionalidad económica lleva a McCloskey a sostener que se han exagerado las diferencias entre las diversas formas de interpretarlo, porque todas, tanto las de los seguidores de Marx, Menger o Marshall, no son sino dialectos de una misma lengua que, cuando refieren la misma historia, utilizan los mismos instrumentos»<sup>53</sup>. Y tampoco debe el lego atemorizarse por el uso de las matemáticas, porque no son imprescindibles. McCloskey escribe que «la mayoría de los argumentos del pensamiento económico no necesitan matemáticas». Las matemáticas sólo representan una buena representación que se utiliza habitualmente en las revistas de economía<sup>54</sup>. Nada más lejano de aquel «tratamiento revolucionario», de aquellas «barricadas» defendidas por «nuevas generaciones» de cliómetras dispuestas a todo<sup>55</sup>.

Esta reorientación en las actitudes e incluso en los objetivos de la que a partir de ahora denominaremos «economía histórica» puede observarse también a partir del derrotero seguido por alguna de las publicaciones periódicas de mayor prestigio en historia económica, la *Research in Economic History*, editada durante muchos años por Paul Uselding y en la actualidad por Roger L. Ransom, Richard Stuch y Susan B. Carter. El interés de esta revista de aparición anual radica en que se ha especializado en la publicación aquellas monografías de calidad que sobrepasan las dimensiones de un artículo de revista, sin llegar a la extensión de un libro. A diferencia de publicaciones como *Explorations*, o el *Journal of Economic History*, sus editores parten de una concepción nada excluyente de la disciplina -> historia económica es lo que hacen los historiadores económicos<sup>56</sup>:- «rigor analítico», «presentación de nuevas evidencias» «frescura conceptual y creatividad» constituyen los «vectores de calidad» utilizados para seleccionar los artículos. Si bien estos criterios favorecieron durante la primera etapa hasta 1980 un predominio abrumador de las colaboraciones de econometría histórica, 36 de los 40 artículos aparecidos entre 1976 y 1980, la presencia de buenos estudios de historia económica cuantitativa, o economía histórica<sup>57</sup> tendieron a aumentar a partir de este momento: 9 de 30 publicados entre 1981 y 1985, y 15 de 36, aparecidos entre 1986 y 1992, pasando del 10% al 42% del total.

A mi entender, tres factores han contribuido a este cambio de actitud. En primer lugar, la constatación de que con solo el bagaje conceptual y analítico que proporciona la economía es difícil ampliar el campo de investigación de la «nueva historia económica». Recientes estados de la cuestión como el de N.F.R. Crafts sirven para comprobar que el aumento de las publicaciones en esta línea no se corresponde con un incremento relativo del número de temas tratados<sup>58</sup>. Es decir, la «nueva historia económica» habría entrado en una situación de rendimientos decrecientes donde lo que prima no es tanto la apertura de nuevos campos a la investigación, como el trabajo sobre los mismos con un instrumental técnico más potente sin incrementos sensibles de productividad analítica.

Otro motivo importante para la reflexión ha surgido de las dificultades que ha encontrado este movimiento innovador en su expansión fuera de Estados Unidos y Canadá. Los historiadores económicos europeos admitieron con rapidez algunos de los innegables avances que aportaba la «cliometría» al tratamiento de problemas concretos, como la «nueva» historia económica de los ferrocarriles, inspirados en Fogel y Fishlow, los estudios sobre comercio exterior, o las estimaciones de la renta nacional, inspiradas en los cálculos de Gallman para los Estados Unidos, pero se mostraron muy críticos hacia algunas cuestiones de método como la aplicación indiscriminada de la teoría económica al análisis de todas las sociedades del pasado, los excesos en la cuantificación, y el menosprecio hacia el trabajo directo sobre las fuentes primarias de investigación. La resistencia fue especialmente intensa en Gran Bretaña, donde la irrupción de la «nueva» historia económica chocó con la presencia de una «vieja» historia económica mucho más activa y consolidada en el mundo académico que la norteamericana de los años 50 y que, además, se había renovado en contacto con otras líneas de pensamiento como el marxismo o, incluso, la escuela de los *Annales*.

En general las críticas han pretendido destacar la «contradictio in terminis» que existe entre una teoría

<sup>53</sup>.- McCloskey (1987b), p. 39-40.

<sup>54</sup>.- McCloskey (1987b), p. 22.

<sup>55</sup>.- Prefacio de Davis, Hughes y McDougall (1967),.

<sup>56</sup>.- «Foreword» de Paul Uselding al primer número de *Research in Economic History*, 1 (1976), VII.

<sup>57</sup>.- La divisoria entre «economía histórica» y «economía histórica», es difícil. El criterio que sigo, es el de incluir en el primer grupo aquellos ensayos que plantean un marco de equilibrio general o utilizan matemáticas avanzadas.

<sup>58</sup>.- Crafts (1991). en especial las pp. 815-822, dedicadas a glosar «some important recent advances».

económica deductiva que insiste en destacar que lo que realmente importante son las hipótesis que «explican mucho con poco»<sup>59</sup> y un ámbito complejo como es el de la historia, donde hipótesis y generalizaciones sólo pueden emerger de un estudio de los hechos, testados de acuerdo con las reglas de la evidencia histórica. Es innegable que el historiador económico afronta serios problemas epistemológicos cuando pretende seleccionar, sobre una infinita población de hechos aquéllos que considera relevantes para construir sus cadenas de causalidad, y que necesita de un filtro hermenéutico para llevar a cabo tal selección. Pero ello parece difícil de conseguir con el único bagaje de una teoría cuya búsqueda de la universalidad le hace perder capacidad explicativa de hechos y circunstancias con una dimensión y un significado espacial y temporal concretos<sup>60</sup>.

Hay una tercera y última razón que explica el progresivo acercamiento entre los diferentes practicantes de la historia económica en beneficio común, y es la convicción de que la disciplina sólo subsistirá en la medida en que sepa ganarse el interés de los no especialistas. Como afirmaba Ralph Davis hace algunos años, «existe el riesgo de que el trabajo mas valioso del historiador económico sea separado de la corriente principal de la historia», marginado por profesores de enseñanza secundaria y por autores de libros de texto, «que buscarán sus ideas sobre la historia económica en trabajos caducos y desacreditados cuya única virtud sea el haber sido escritos en un lenguaje comprensible»<sup>61</sup>. La necesidad de trascender fuera del medio académico para captar la atención de la sociedad se ha vuelto especialmente perentoria en un momento en que la imagen pública del economista y del historiador económico bajan enteros en sus respectivos mercados. Si los estudios de Economía ya no figuran entre las tres opciones universitarias de mas futuro según los propios norteamericanos, la historia económica cada vez tiene menos peso en dentro del ámbito general de la Historia, sin que sus avances en el de la Economía nos permitan ser excesivamente optimistas cara al futuro.

No hace mucho, Santos Juliá escribía en sus habituales páginas de El País sobre que la «Una idea de la historia que pretendía conocer el pasado era la herramienta necesaria para analizar mejor el presente y asi construir el futuro aparece hoy reducida a cenizas»<sup>62</sup>. Sin embargo los últimos derroteros que esta tomando la «nueva» historia económica parecen indicar todo lo contrario. En el prólogo de *Second Thoughts. Myths and Morals of U.S. Economic History*, Donald N. McCloskey advierte a sus lectores que, lejos de ejercicios especulativos, «este libro examina el pasado como vía de preparación a nuestro futuro». Un futuro que solo será bien enfocado «cuando comprendamos las lecciones de nuestro pasado»<sup>63</sup>. Las colaboraciones que recoge, escritas por la plana mayor de la «cliometría» no jubilada intelectualmente - Lance E. Davis, B. Eichengreen, J.H.T. Hughes, S. Philips, N. Rosenberg, Peter Temin, P.Uselding, G.M. Walton, J.G. Williamson, y el propio McCloskey- y bajo un lema tan historicista como el de «un país en tan viejo como su memoria»<sup>64</sup>, pretenden convencer, con un lenguaje común, sin ecuaciones ni fórmulas, de que su trabajo es útil a la sociedad. El único apéndice que contiene el libro es una cronología de los principales hechos económicos acontecidos entre la crisis del bajo imperio romano y el año 2000.

## Bibliografía

ALCHIAN, A.A., y DEMSETZ, H. (1972): «Production, Information Costs and Economic Organization», *American Economic Review*, 62:5, pp. 777-795.

ANES, G., (1967): «La 'Nueva Historia Económica' o 'Historia econométrica' y sus métodos», *Anales de Economía*, 1-4, pp. 239-262.

ARROW, Kenneth J. (1986): «Economics and Economic History: the Record of a Discussion», en W. N. Parker (ed.), *Economic History and the Modern Economist*. Oxford, Basil Blackwell, pp. 13-20.

BARKER, W.J., (1985): *From New Era to New Deal: Herbert Hoover, The Economists and American Economic Policy, 1921-1933*. Cambridge, C.U.P.

<sup>59</sup>.- M. Friedman (1953), p. 14.

<sup>60</sup>.- Ya hace años que R.F. Harrod defendió, frente al paradigma Hume-Popper-Lakatos, el carácter científico de las conclusiones inductivas al señalar la posibilidad de establecer de un modo científico relaciones de causalidad a través de lo que el denominó el «valor evidencial de los hechos (Harrod (1956);

<sup>61</sup>.- Davis (1965), p. 328. Sobre esta cuestión ha insistido Fernández de Pinedo, (1993), p. 82.

<sup>62</sup>.- ¿La Historia en crisis?, El País, n. 289, 29 de julio de 1993, suplemento *Temas de nuestra época*, p. 2.

<sup>63</sup>.- McCloskey (1993), p. 3.

<sup>64</sup>.- McCloskey, (1993), p. 7.

- BIDWELL, P.W., y FALCONER, J.L., (1925): *History of Agriculture in the Northern United States, 1620-1860*. Washington, Carnegie Institution.
- BLAUG, Max. (1986): *Economic History and the History of Economics*. Nueva York, Nueva York U. P.
- BUSTELO, F., (1973), «La 'Nueva Historia Económica': Revisión crítica». *Moneda y Crédito*, 125, pp. 37-56.
- COATS, A.W., (1981): *The Role of Economist in Government: An International Comparative Study*. Durham, Duke U.P.
- COATS, A.W., (1989): *On the History of Economic Thought. British and American Economic Essays*. Vol I., Londres Routledge.
- COATS, A.W., ROBERTSON, R. M. (1969): *Essays in American Economic History*. Londres, Edward Arnold.
- COMMONS, J.R., y otros, (1910-1911): *Documentary History of American Industrial Society*. Cleveland, A.H. Clark. (10 vols.)
- CONRAD, A.H., y MEYER, J.R., (1957): «Economic Theory, Statistical Inference, and Economic History», *Journal of economic History*, 17.
- CONRAD, A.H., y MEYER, J.R., (1958): «The Economic of Slavery in the Antebellum South», *Journal of Political Economy*, 66, pp. 95-130..
- CRAFTS, N.F.R., (1991): «Economics and History». en D. Greenway, M. Bleaney y I.M.T. Stewart (eds.), *Companion to Contemporary Economic Thought*. Londres, Routledge.
- DAVID, Paul A. (1967): «The Growth of Real Product in the United States before 1840: New Evidence, Controlled Conjectures», *Journal of Economic History*, XXVII:2.
- DAVID, Paul A., et al. (1976): *Reckoning with Slavery: A Critical Study in the Quantitative History of American Negro Slaver* Nueva York, Oxford U. P.
- DAVID, Paul A. (1986): «Understanding the Economics of QWERTY: the Necessity of History», en W.N. Parker (ed.), *Economic History and the Modern Economist*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 30-49.
- DAVIS, L.E., (1957): «Sources of Industrial Finance: The American Textile Industry. A Case Study», *Explorations in entrepreneurial History*, X, pp. 189-203.
- DAVIS, L.E., (1958): «Stock Ownership in the Early New England Textile Industry», *The Business History Review*, XXXII, pp. 204-222.
- DAVIS, L.E., (1968): «And it will never be literature», *Explorations in Entrepreneurial History*, 2n ser., 6, pp. 75-92.
- DAVIS, L. E., HUGHES, J. R.T., y REITER, S.,(1960): «Aspects of Quantitative Research in Economic History», *The Journal of Economic History*, vol. XX, n. 4 (dic. 1960), pp. 539-547.
- DAVIS, L.E., HUGHES, J.R.T., y REITER, S., (1969): «, en , A.W. Coats y R.M. Robertson, *Essays in American Economic History*. Londres, E. Arnold, pp. 3-13.
- DAVIS, L.E., HUGHES, R.T., y McDOUGALL, D. M. (1961): *American Economic History. The Development of a National Economy*. Homewood, Richard D. Irwin Inc. Utilizamos asimismo la segunda y tercera edición (1965 y 1969).
- DAVIS, L. E., y NORTH, D. C. (1971): *Institutional Change and American Economic Growth*, Cambridge, C.U.P.
- DAVIS, L. E., EASTERLIN, R. A., PARKER, W. N., (1972): *American Economic Growth. An Economist's History of the United States*, Nueva York, Harper and Row.
- DAVIS, R. (1965): «History and the Social Sciences», en N.B. Harte (ed.), *The Study of Economic History*, Londres, Frank Cass, pp. 313-328.
- DEBREU, G. (1991): «The Matematization of Economic Theory», *American Economic Review*, n. 81:1, pp. 1-7
- DEMSETZ, H. (1967): «Towards a Theory of Property Rights». *American Economic Review*, LVIII:2.
- DIAMOND, D. E. y GUILFOIL, John D. (1973): *United States Economic History*, Morristown, General Learning Press.
- EDELSTEIN, M. (1982): *Overseas Investment in the Age of High Capitalism*, Londres, Methuen.
- EICHENGREEN, B. (1984): «Central bank cooperation under the interwar Gold Standard», *Explorations in Economic History*, 21(1), pp. 64-87.

- EICHENGREEN, B. (1987): «Conducting the international orchestra: Bank of England Leadership under the classical Gold Standard», *Journal of International Money and Finance*, 6(1), pp. 5-29.
- EVANS, R. jr. (1962): «The Economics of American Negro Slavery», en H. Gregg Lewis (ed.), *Aspects of Labour Economics*. Princeton, P.U.P.
- FAULKNER, H. U., (1924): *American Economic History*, Nueva York, Hartper & Brothers Publishers.
- FERNANDEZ DE PINEDO, E., (1993): «La historia económica ¿un filón que se agota?», en Massimo Montaneri y otros, *Problemas actuales de la historia*. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- FIELD, A. J., (1987): *The Future of Economic History*. Boston-Dordrecht, Kluwer- Nijhof Publishing.
- FISHLOW, A., (1965): *American Railroads and the Transformation of the Antebellum Economy*. Cambridge, Harvard U.P.
- FISHLOW, A., y FOGEL, R., (1971): «Quantitative Economic History: An Interim Evaluation: Past Trends and Present Tendencies», *Journal Of Economic History*, 31, pp. 15-42
- FLASH, E. S. jr., (1965): *Economic Advice and Presidential Leadership: The Council of Economic Advisers*. Nueva York, Columbia U.P.
- FOGEL, R.W. (1960): *The Union Pacific Railroad: A Case in Premature Enterprise*. Baltimore, Johns Jopkins U.P.
- FOGEL, R.W.: (1964): *Railroads and American Economic Growth: Essays in Econometric History*. Baltimore, Johns Hopkins U. P.
- FOGEL, R.W. (1965): «The Reunification of Economic History with Economic Theory», *American Economic Review*, LV, pp. 92-98.
- FOGEL, R. W. y ENGERMAN, S. L. (1971): *The Reinterpretation of American Economic History*, Nueva York, Harper & Row Publishers.
- FOGEL, R.W. y ENGERMAN, S.L., (1974): *Time on the Cross: The Economics of Negro Slavery*. Boston, Litle, Brown. Traducción española, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- FOGEL, R.W., y ENGERMAN, S.L., (eds.), (1992): *Without Consent or Contract*. Vol. I.: *The Rise and Fall of American Slavery. Technical Papers*. vol. II, (1993): *Conditions of Slave Life and the Transition to Freedom: Technical Papers*. Nueva York, W.W. Norton & Co.
- FONTANA, J., (1982): *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica.
- FONTANA, J., (1992): *La història després de la fi de la història. reflexions per a una guia dels corrents actuals*. Vic, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives/ Eumo Editorial.
- FRIEDMAN, M. (1953): «Some Contemporary Tendnecies in Economic Reserarch- Discussion», *American Economic Review*, vol 43, pp. 446-7.
- GALLMAN, R.E., (1966): «Gross National Produyct in the United States, 1834-1909», en, NBER, *Trends in the American Economy in the Nineteenth Century*, Nueva York.
- GALLMAN, R.E., (1969): «Trends in the Size Distribution of Wealth in the Nineteenth Century», en NBER, *Six Papers on the Size Distribution of Wealth and Income*, Nueva York, Columbia University Press.
- GARCIA-LOMBARDERO, J., (1973): «La 'Nueva Historia Económica': consideraciones teóricas y de método», *Moneda y Crédito*, 125.
- GERSCHENKRON, A., (1967): «The discipline and I». *Journal of Economic History*, 27, p. 443-459.
- GOODRICH, C., (1960): « Cultural Factors in Economic Growth», *The Journal of Economic History*, XX, 4, pp. 515-538.
- GOODRICH, C. y otros, (1960): *Canals and American Economic Growth*. Nueva York, Columbia University Press.
- GRAY, L.C., (1933): *History of Agriculture in the Southern United States to 1860*. Washington, Carnegie Institution. (2 vols.).
- HARROD, R.F., (1956): *Foundations of Inductive Logic*. Londres.
- HEATON, H., (1932): « Teaching of Economic History in Universities: The United States», *The Economic History Review*, III, 3, pp. 330-334.

- HUGHES, J.R.T., (1958): «The First 1.945 British Steamships», *Journal of the American Statistical Association*, LIII, pp. 360-381.
- HUGHES, J.R.T., (1966): «Fact and Theory in Economic History». *Exploration in Economic History*, 2nd ser., 3, pp. 75-100.
- HUGHES, J.R.T., (1982): «Douglass North as a Teacher», en, R.L., Ramsom, R.L., Stuch, R, Walton, G.M.,(eds.), (1982): *Explorations in the New Economic History*, pp. 1-12.
- HUGHES, J.R.T., (1983): *American Economic History*. Glenview, Scott Foresman.
- KLAMER, A., McCLOSKEY, D. N., y SOLOW, R. M., (1988): *The Consequences of Economic Rethoric*. Cambridge, C.U.P.
- McCLOSKEY, D. N.,(1985): *The Rhetoric of Economics*. Madison, University of Wisconsin Press. Traducción española, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- McCLOSKEY, D. N.,(1986): «Economics as an Historical Science», en W.N. Parker (ed.), *Economic History and the Modern Economist*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 63-69.
- McCLOSKEY, D. N.,(1987a): *Econometric History*. Basingstoke, McMillan Education.
- McCLOSKEY, D. N.,(1987b): *The Writing of Economics*. Nueva York, Macmillan Pub. Co.
- McCLOSKEY, D. N.,(1990): *If you're so Smart: the Narrative of Economic Expertise*. Chicago, University of Chicago Press.
- McCLOSKEY, D. N.,(1993): *Second Thoughts: Myths and Morals in U.S. Economic History*. Nueva York, Oxford U. P.
- McCLOSKEY, D. N., HERSH, G. K. jr. (1991): *A Bibliography of Historical Economics to 1980*. Cambridge, C.U.P.
- MEGIL, A., y McCLOSKEY, D.N., (1987): «The Rethoric of History», en J.S. Nelson, A. Megill y D.N. McCloskey (eds.), *The Rethoric of the Human Sciences*. Madison, University of Wisconsin Press, pp. 221-238.
- NORTH, D.C., (1961): *The Economic Growth of the United States, 1790 to 1860*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.
- NORTH, D.C., (1966): *Growth and Welfare in the American Past. A New Economic History*. Englewood Cliffs, N.J. Prentice Hall.
- NORTH, D.C., (1963): «Quantitative Research in American Economic History», *A.E.R.*, 53.
- NORTH, D.C., (1965): «The State of Economic History». *American Economic Review*, 55.
- NORTH, D.C., (1968): «Sources of Productivity Change in Ocean Shipping, 1600-1850». *Journal of Political Economy*, 76, pp. 953-970..
- NORTH, D.C., (1970): «Institutional Change and Economic Growth», *Journal of Economic History*, 31, I, pp. 118-125.
- NORTH, D.C., (1978): «Property Rights, Legal Institutions and the Performance of Economies», en M. Flinn (ed.), *Proceedings of the Seventh International Economic History Congress*. Edimburgo, E.U.P.
- NORTH, D.C. (1982): «The Theoretical Tools of the Economic Historian», en Ch. KINDLEBERGER y G. DITELLA (eds.), *Economics in the Long View. Essays in Honour of W.W. Rostow*, Basingstoke, Macmillan, vol. I, pp. 15-26.
- NORTH, D. C., (1984a): «Transaction Costs Institutions, and Economic History», *Journal of Institutional and Theoretical Economics*, vol. 140:1, pp. 7-17.
- NORTH, D.C., (1984b): *Estructura y cambio en historia económica*. Madrid, Alianza Editorial.
- NORTH, D.C., (1989): «Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in the Seventeenth-century England», *Journal of Economic History*, 49, pp. 803-832.
- NORTH, D.C., (1990): *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge, C.U.P.
- NORTH, D.C., (1991): «Institutions, Transaction Costs and the Rise of Merchant Empires», en, J.D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires. State Power and World Trade, 1350-1750*. Cambridge, C.U.P., pp. 22-40.

- NORTH, D.C., THOMAS, P.T., (1970): «An Economic Theory of the Growth of the Western World». *Economic History Review*, 2nd. ser., XXIII, 1, pp. 1-17.
- NORTH, D.C., THOMAS, P.T., (1978): *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*. Madrid, Siglo XXI.
- NORTON, H.S., (1969): *The Role of Economist in Government: A Study in Economic Affairs Since 1920*.
- PARKER, W.N. (1960): *Trends in the American Economy in the Nineteenth Century*. Nueva York, NBER.
- PARKER, W.N. (ed.): (1970) *The Structure of Cotton Economy of the Antebellum South*. Washington, *Agricultural History Society*.
- RADNITZKY, G. y BERNHOLZ, P., (1987): *Economic Imperialism. The Economic Approach Applied Outside the Field of Economics*. Nueva York, Paragon House Pub.
- RANSOM, R.L., (1964): «Canals and Development: A Discussion of the Issues», *American Economic Review*, LIV.
- RANSOM, R. L., SUTCH, R., y WALTON, G. M. (eds.), (1982): *Explorations in the New Economic History*. Nueva York, Academic Press.
- REDLICH, F., (1965): «New and Traditional Approaches to Economic History and Their Interdependence», *The Journal of Economic History*, XXV, pp. 480-495.
- SCHULTZ, Theodore W., (1989): «The Economics of Historical Economics», en D. W. Galeson (ed.), *Markets in History. Economic Studies of the Past*. Cambridge, C.U.P., pp. 1-4.
- SCHUMPETER, J.A., (1947): «*The Creative Response in Economic History*». *The Journal of Economic History*, VII, 2w, pp. 149-159.
- SHEPHERD, J.F., y WALTON, G.M., (1972): *Shipping, Maritime Trade and the Economic Development of Colonial North America*. Cambridge, C.U.P.
- SINCLAIR, H. M., (1934): *A Preface to Economic History*. Nueva York, Harper & Brothers Publishers.
- SOLOW, R. E., (1986): «Economics: Is Something Missing?», en W.N. PARKER (ed.), *Economic History and the Modern Economist*. Oxford, Basil Blackwell, pp. 22-30.
- STUCH, R. (1965): «The Profitability and Viability of Plantation Slavery in the United States», *Southern Economic Journal*, XXXI.
- STUCH, R., (1982): «*Douglass North and the New Economic History*», en R.L. Ransom, R. Stuch, G.M. Walton, (eds.), *Explorations in the New Economic History*, pp. 13-31.
- TEMIN, P. (1964): *Iron and Steel in Nineteenth-Century America: An Economic Inquiry*. Cambridge, Mass., M.I.T. Press.
- TEMIN, P. (1966): «Labor Scarcity and the Problem of American Industrial Efficiency in the 1850's», *Journal of Economic History*, XXVI:2, pp. 277-298.
- TEMIN, P. (1970): «General-Equilibrium Models in Economic History», *Journal of Economic History*, 31:1, pp. 58-86.
- TEMIN, P., (1973): *New Economic History. Selected Readings*. Harmondsworth, Penguin Books. Traducción española, Madrid, Alianza Ed., 1984.
- TEMIN, P. (1982): «The Future of the New Economic History», *Journal of Interdisciplinary History*, XII:2, pp. 179-197.
- TEMIN, P., (1986): «Is History Stranger than Theory?. The Origin of Telephone Separations», en W.N. PARKER (ed.), *Economic History and the Modern Economist*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 50-62.
- TORTELLA, G., (1982): «Reflexiones sobre la metodología y los fines de la historia económica», *Homenaje a Lucas Beltrán*. Madrid, Moneda y Crédito.
- WILLIAMSON, J.G. (1964): *American Growth and the Balance of Payments, 1820-1913*. University of North Carolina Press.
- WILLIAMSON, J.G. (1985): *Did British Capitalism Breed Inequality?*, Londres, Allen and Unwin.